

SUCIOS

CUENTOS

DE SUCIOS

PRODUCTORES

LOS SUCIOS PRODUCTORES EN ORSAI SOMOS:

ALEJO KIJEL

ANA GANDO

DIEGO POKORSKI

GERMÁN KIJEL

MANUEL DESPOSITO

MARCELO MOLL

MATÍAS GAGLIARDONE

MATÍAS THOMPSON

MAURA LACREU

RODRIGO PORTASANY

VIOLETA LORENZATTI

LA EDICIÓN DE LOS CUENTOS ESTÁ DEDICADA AL QUERIDO RUFUS

# DELFINA

ALEJO KIJEL

Delfina era una de esas personas que son amigas, pero uno no sabe bien por qué existe el vínculo de amistad. No teníamos mucho en común y jamás nos contábamos nada. Lo único que nos unía era la comodidad, vivíamos cerca y ninguna de las dos tenía actividades extracurriculares. Aunque tenía amigas que me caían mejor, me juntaba con Delfina casi a diario.

Tengo bien conservado en mi memoria un día en particular, en cuarto grado. La mente funciona de una manera incomprensible. Mi teoría es que la importancia de la información es inversamente proporcional a las posibilidades que uno tiene de recordarla. Ese día me había invitado a su casa para que me quedara a dormir, o mejor dicho, a ver películas de terror y no dormir. Yo prefería que fuera a mi casa, pero para ella era mucho más fácil invitarme a la suya.

En esa ocasión, su mamá, Clemencia, nos pasó a buscar después del colegio. No había mucho positivo para decir sobre esa mujer, y ella tampoco tenía muchas cosas positivas para decir sobre el mundo. Apenas llegamos a la casa, Delfina y yo nos fuimos a jugar a las damas, a su madre no le gustaba vernos enganchadas a lo tecnológico tan temprano. Destruí a Delfina y ella usó su excusa de costumbre, que yo tenía la ventaja porque había empezado. Cuando ella era la primera en mover, decía que era desventajoso. Me alegré cuando Clemencia nos llamó a comer, no quería seguir discutiendo estupideces sobre las damas. Mi amiga y yo nos sentamos, Clemencia había preparado ravioles de espinaca.

-¡Sabés que a mí estos no me gustan, ma! -protestó Delfina.

-Me quemé para hacerte eso y vos te quejás!

-No te quemaste.

-¡Que no me haya quemado hoy mismo no significa que no haya hecho un sacrificio!

¡Me quemé muchas veces perfeccionando mis habilidades culinarias, solamente para que vos puedas comer algo!

-¡Qué vas a perfeccionar vos, todo lo que hacés es incomible!

-Incomible el castigo que te vas a comer, nena.

-Poca gente tiene una mamá que cocine tan mal como la mía. -Me dijo Delfina. Para no responder, me llené la boca con ravioles de espinaca. En ese momento llegaron el padre y el hermano de mi amiga.

-¡Otra vez de ricota, ya te dije que no me gustan! -Saludó el marido a su mujer. El hijo se sentó y empezó a comer en silencio. Clemencia le contestó:

-¡Entonces cocinate vos, querido!

-Ni que pudiera cocinar, que recién llego del trabajo, estoy hecho pelota.

-¿Vos creés que yo estoy de vacaciones acá, sin hacer nada? ¡No, tengo más trabajo que vos todavía!

-Hablando de trabajo, ¿viste lo que tenemos que hacer para naturales? ¡Es re difícil!

-Se quejó Delfina.

-En secundaria es mil veces peor, ya van a ver. -Se metió su hermano.

-¡Vos reíte, que ser un adulto es mil veces peor, desearía tener la edad de ustedes de no ser porque también la pasé tan mal esos años!

-Ahora son más exigentes. -Insistió él.

-¡Mentira! Además, cuando vayas a la facultad va a ser peor.

-Si vos ni fuiste, por burra.

-Claro que no, te tenía que cuidar a vos, no sabés como me arruinaste, nene. ¡Lo que me dolió dar a luz, más que a cualquiera!

-A todas las madres les duele parir, tarada.

-¡Pero parir y ver que te salió un subnormal como vos! No sabés la vergüenza que me dio tener un bebé tan feo. Y no solo sos horrible, sino que encima me parece que sos maricón, quince años y no tenés novia, pedazo de fracasado.

-Si salí feo es por algo.

-¡Seguro, seguro, callate! ¿Ves que este pibe es lo peor?

Terminé de comer y me levanté. Dije que tenía que ir al baño y me fui a la habitación de Delfina, a esperarla. Nos pasamos el resto de la tarde dibujando en silencio.

Para cuando nuestra amistad era poco más que un recuerdo, nos encontramos de casualidad una tarde. Me contó que tenía una hija de trece años y que había cortado toda relación con Clemencia. Creo que nunca en la vida la había visto tan feliz, después de todo, yo aún era su única amiga. Le di mi número de teléfono y prometí que nos juntaríamos algún día.

Dos semanas después, recibí una llamada suya. Hablamos un rato, ella se quejó de que su hija no se movía de su cama y que no quería ir al colegio. Desvié el tema de lo negativo y ella pareció tomárselo bien, no era la misma persona que cuando éramos chicas.

Su siguiente llamada fue un sábado. Atendí y no llegué a decir hola, me interrumpió diciendo que tenía una noticia. No pude evitar notar su entusiasmo mientras me contaba que su hija se había matado.

# OVERLOOK

ANA GANDO

Era verano y el calor, sofocante. El chofer tenía el aire acondicionado al máximo. Aun así, yo tenía el vestido pegado a la espalda y el maquillaje de mi rostro empezaba a correrse. Ambos íbamos disfrutando en silencio, el recorrido sinuoso que bordeaba lagos azules y colinas. El hotel, demencialmente grande, estaba emplazado en el mismísimo paraíso, rodeado de pinos y coronado por montañas de nieves eternas. En el segundo que entré a la mansión, supe que nunca me iba a ir de ese lugar.

El primer día me perdí. Estaba buscando el salón para desayunar y con una marcha infinita por los laberínticos pasillos alfombrados, llegué a la conclusión de que estaba caminando en círculos, apareciendo siempre en la puerta de mi habitación. Una niña, que paseaba por el pasillo junto a su hermana idéntica, notó mi desánimo y ofreció llevarme al salón. A pesar de mi juventud, mis piernas no tenían ya fuerza, pero al fin pude sentarme a leer el diario y desayunar té con leche, tostadas, huevo, torta de chocolate y pastrón. En ese orden, pues yo iba agarrando cosas de forma aleatoria, a medida que descubría las mesas gigantes, llenas de abundante comida.

En mi plato, el pan primero se puso verde y luego una capa de moho aún más oscuro, lo cubrió por completo. Lo dejé a un lado y seguí con el resto. El diario desprendía olor a humedad y sus hojas amarillas anunciaban noticias viejas. La música del salón se escuchaba muy fuerte, pero era un vals hermoso. Las parejas bailaban. Hombres y mujeres fumaban en la barra, mientras bebían whisky. Era de noche y todos llevaban trajes caros y vestidos de fiesta. Afuera nevaba.

Me acerqué a la barra para llamar la atención de la gente que la rodeaba. Pero yo era como un fantasma: Invisible. Decidí entonces, regresar a mi habitación a tomar un baño. La bata que llevaba puesta, me empezaba a quedar grande y se deslizaba por mi cuerpo tullido, a medida que avanzaba por el laberinto. Por el camino fui sembrando pulseras y anillos, que ya no tenían carne de la cuál agarrarse. Tardé horas, o días.

Al pasar por el salón principal, sentí el golpe de teclas de una máquina de escribir y la voz de un niño que pedaleaba por la alfombra. El escritor estaba ensimismado y pareció no notar mi presencia. Lucía una camisa a cuadros y una campera bordó. En cambio, el niño quedó petrificado al momento de verme. Cubrí mi rostro marchito, con vergüenza, y seguí la peregrinación. No veía la hora de llegar a destino. Sin embargo, no podía olvidar lo hermoso que me había parecido el escritor. Fantaseé con la idea de

entablar una conversación con él, cultivar una amistad. Que surja el amor. Pasear por los corredores tomada de su brazo. Deslizarnos juntos por la alfombra naranja. En el último tramo del recorrido, mi cuerpo estaba consumido y la bata simplemente cayó al piso, dejándome completamente desnuda. Entré al baño arrastrándome. Era inmenso, hermoso, verde. Con arcos sobre los espejos. Llené con agua la bañera y antes de entrar en la tibieza, me miré al espejo. Pensé en cómo sería la eternidad en el laberinto. Me introduje en el agua. Gajos de piel flotaron en la superficie, mechones de pelo blanco dibujaron círculos, pero yo me sentía aliviada por la caricia acuática. Con el tiempo, el pantano de la bañera se fue tornando marrón y los gajos se pudrieron. Apenas podía moverme. El agua estaba fría.

De pronto, la puerta se abrió y el escritor bello, bellísimo, entró al baño. Quizás tan perdido como lo había estado yo. Mi cuerpo rejuveneció cincuenta años al verlo. Corrí la cortina translúcida y salí, desnuda, perpetua. Al verme, noté en su rostro el asombro y el deseo. Lenta y cautelosamente, me acerqué a él. Su visita bañaba la orilla de mi sepulcro. Con los ojos abiertos entregado al minuto suspendido, recorrió el derrumbe de mi existencia. Acarició mi pelo ceniza. Besó mis labios desmemoriados. Mis pieles desprendidas no le afectaban pues estaba ciego ante el paso del tiempo. Yo me sentí eterna en esa coincidencia. Sonreí, levité, me entregué al extraño. Pero algo de esa cita me entristecía: el encuentro tenía fecha de vencimiento y estaba cerca.

Despacio su rostro se alejó del mío. El horror del descubrimiento, lo despertó del espejismo. Con espanto retrocedió y yo me quedé de nuevo sola y sumergida. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Sin recordar si quiera mi nombre, una pregunta añejaba aún más mi existencia ¿Qué iba a hacer yo sin ese abrazo, ahora que no quedaba más que la espera?

# UNOS MATES EN EL BALCONCITO

DIEGO POKORSKI

Francisco llenó la pava, la puso en la hornalla, agarró el paquete de bizcochitos y miró por la ventana. A esa hora de la tarde, en esa época del año, el sol estaba ideal para unos amargos en el balcón. Delia dormía la siesta y decidió dejarla descansar, la noche anterior la había escuchado levantarse cuatro veces para ir al baño.

Sacó la pava del fuego, se sirvió el primero, lo escupió en la bacha como hacía siempre y dejó el agua un ratito más antes de ir afuera. Acomodó su sillón favorito de cara al sol, levantó con esfuerzo el posapava (ay, las rodillas), se sentó despacito y empezó a cebar. Después de 3 mates cortitos pero lentos, cerró los ojos y empezó a jugar a su juego favorito: tratar de reconocer la marca y el modelo de los autos que pasaban por la avenida sólo por el ruido de los motores. Su esposa le seguía repitiendo que eso era imposible, pero después de 48 años de casados él ya no intentaba convencerla, simplemente se reía y levantaba los hombros con indiferencia.

De repente, una frenada lo sobresaltó y lo hizo abrir los ojos. Se levantó con cuidado, se apoyó en la baranda con más cuidado aún, y miró hacia abajo para ver qué había pasado. Entre los árboles alcanzó justo a divisar al grandote que se bajaba de la camioneta. Francisco preparó el oído para el entretenimiento gratuito pero no se sentó, la curiosidad pudo más que el dolor de cadera.

-“¿Estás loco, flaco? ¿Cómo te me vas a cruzar así?”, gritó el tachero, enajenado pero todavía dentro del auto con el cinturón de seguridad puesto. Era joven e inexperto, pero no boludo.

-“¿No sabés quién soy, no?”, dijo el grandote. “Bajate de ahí ya mismo, golpeador hijo de puta, porque te arranco la cabeza”. Acto seguido, le destrozó el parabrisas de una piña, antes de que el tachero pudiera poner marcha atrás y escaparse.

A Francisco, que observaba todo atentamente desde el balcón del tercer piso, el corazón le empezó a latir con más fuerza. Le fascinaba escuchar conversaciones ajenas, pero tenía bastante bajo el umbral de tolerancia a la violencia y esta situación ya lo había superado. Estaba asustado, pero no podía dejar de mirar.

En eso escuchó la puerta de chapa que se abría y vio a Carla salir desencajada. “Basta, José Luis, pará, que lo vas a matar y no fue para tanto”, suplicó. “Andá para adentro, nena, le voy a enseñar a este tarado a no meterse con mi hermana”, le respondió el grandote mientras giraba la cabeza para sumar énfasis con la mirada.

Ese segundo de distracción lo aprovechó Gastón (así se llamaba el novio de Carla) para manotear el revolver que llevaba siempre en la guantera del taxi, desabrocharse el cinturón de seguridad y bajar del coche al grito de “Metete para adentro vos también porque los quemo a los dos”, mientras apuntaba el arma con la soltura que da la práctica.

Fue en este momento cuando Francisco decidió intervenir. A pesar del miedo que tenía, y de sus dificultades físicas, sintió que no podía quedarse sin hacer nada y que dependía exclusivamente de él que no hubiera víctimas fatales. Estiró su mano derecha, agarró la pava y trató de dirigir el chorro de agua caliente hacia la cabeza de Gastón, suponiendo que eso lo iba a hacer recular.

No imaginó que a sus 82 años el movimiento iba a ser mucho más lento de lo que calculaba y que apenas iba a poder volcar unas gotas sobre el taxista antes de que él se percatara. Mucho menos podría haber anticipado que el acto reflejo de Gastón iba a ser levantar la vista, empuñar el arma y disparar antes de chequear quién era su agresor. El tiro entró limpio en la frente y venció la resistencia de Francisco, que cayó del balcón y quedó tendido sobre la copa de un árbol. Gastón se subió al taxi y escapó de ahí lo más rápido que pudo. José Luis, todavía en shock, agarró el celular que había dejado en la camioneta y llamó a la policía. Carla se arrodilló en el lugar, se tapó la cara con las manos y se largó a llorar al ver lo que le había pasado a su vecino.

Diez minutos después, Delia se levantó de la siesta, fue al baño y vio el sol que entraba a través de los ladrillos de vidrio. Salió caminando lentamente y llamó a su marido: “Viejo, la tarde está hermosa, ¿tomamos unos mates en el balconcito?”

# HASTA LA CORONILLA

GERMÁN KIJEL

La vida apacible, tranquila, repetitiva y dura en el campo era todo lo que conocía e iba a conocer. Nunca tuve interés en irme de la Colonia, pensé que iba a estar en la misma piecita con mis hermanos y mis viejos hasta que me casara con otro colono y me mudara a 2 leguas de casa, donde seguiría cosechando zapallos y membrillos, cocinando guisos y sirviendo un plato de comida para cada uno que se sentara en nuestra mesa, porque si algo nunca faltó en una mesa Schifrin fue un plato de comida o una porción de borsch; mamá siempre tenía una hogaza de pan lista para cualquier visitante, con un queso que hacía papá o cualquier fruta recién recogida.

Ese mundo pareció desvanecerse en un eco distante cuando escuché, embobada que me tenía que ir a Temperley ¿qué corno es Temperley? ¿tengo que subirme a un tren? ¿es en otro país? ¿hay shil ahí? ¿vienen conmigo?

La verdad es que nunca pensé en casarme, menos con el hermano de mi gran amigo, mi hermoso amigo Aarón, el hombre más bello que jamás conocí y con quien siempre quise compartir la vida, ¿por qué no con Aarón?

-Me tenés hasta la coronilla Beile, Aarón geyt khsunh habn Juana y vos con Mauricio - mamá nunca gritaba, era hermosa en su redondez, su cara roja, y esa mezcla de palabras en idish y en español me resultaba lo más común del mundo, todos hablábamos así, pero yo no sabía que era raro, el maestro de la colonia nos dejaba, nunca nos había dicho nada, nos enseñaba español pero no nos obligaba, aunque en casa sí, querían que fuéramos al pueblo y compráramos cosas sin que se burlaran de nosotros.

Conocía a Mauricio por Aarón. Era callado, sabía que era muy trabajador porque se fue del pueblo de chico, decían que había puesto un kiosco en Guatraché, escaparse de su casa era lógico, lo que contaba Aarón no era lindo, pero en el pueblo nunca se decía nada, ni cuando murió el padre ni cuando desalojaron a la madre, antes se respetaban esas cosas, los chismes eran pícaros, nunca malignos.

La que me esperó en la estación de Temperley fue Yena, la otra hermana de Aarón que se había ido con Mauricio a poner una tiendita. Yo le llevaba cuatro años así que me respetaba, pero apenas me vio me dijo “siempre tan aprensiva Beile, es un viaje hermoso, no tenés que empujar vos el tren, dejate de macanas y disfrutá la ciudad,

mirá cuántos autos”; sesenta años después Temperley no es lo que era cuando llegué en 1943, pero sigue siendo muy diferente a mi Colonia.

Yena me tenía hasta la coronilla, apenas verla sentí un odio enorme hacia Aarón, por dejarme en manos de su familia, yo lo quería a él, no a su hermano gordo y boludo ni a su hermana, una rata inmunda que me hizo lavarle la enagua, la bombacha, la sábana y los pañales de su hijo durante años. Mi marido solo trabajaba, ni me miraba, por suerte, ni me tocaba, solo una vez por mes, cuando yo le avisaba que podía y así entendí cómo funcionaba todo, cómo iba a cambiar mi vida cuando naciera Froike, ese día iba a lograr volver a la Colonia, al menos a que conociera a sus abuelos, su tierra, el campo que íbamos a poder ir a cultivar y al que siempre quise volver, junto a mi amado cuñado.

# LA NIÑA DE LOS ANDAMIOS

MANUEL DESPOSITO

Me acuerdo del momento exacto en que todo se transformó de forma irreversible. La angustia a la distancia y los urgentes viajes aéreos. Recuerdo sentir como drenaban dentro mío toneladas de enojos y frustraciones que había ido acumulando a través de los años. Me acuerdo cuando me di cuenta de que ya no estaban ahí. Me acuerdo el primer abrazo, de este lado de la historia, y las palabras más sanadoras de todas, dichas con una verdad absoluta: “Te amo, ma”.

Recuerdo los vómitos que abracé, sosteniendo tu espalda y sintiendo que estaba a punto de romperse. Recuerdo además la ambulancia aquella noche y un viaje imposible hasta la clínica.

Recuerdo la sala de espera con mis hermanos, combinar distracciones con miedos y que el tiempo pase.

Me acuerdo de tu compañera de habitación, se llamaba igual que la abuela y era parecida. Recuerdo que eso nos dio escalofríos. Me acuerdo de tu incomodidad, y que vos solo querías dos cosas: morir y fumar. Recuerdo también que te debían operar y que tuvimos que convencerte.

Recuerdo tu pregunta al aceptar: ¿me puedo fumar un cigarrillo? Recuerdo esa espera, esa distracción constante hasta que el médico nos hiciera saltar de los cómodos sillones y nos contara que todo había salido bien.

Recuerdo verte en terapia intensiva, en una sala gigante, yo debía volver a mi hogar al otro día. Recuerdo que hiciste un esfuerzo sobrenatural para esbozar una sonrisa y desearme un buen viaje. Recuerdo no estar para nada seguro de que te volvería a ver. Recuerdo que la vida volvió a una normalidad espantosa, y que vos lentamente te estabilizaste. Recuerdo quejarte de tu colostomía y de la cantidad de medicamentos que tomabas. Recuerdo estar siempre atento al teléfono al grupo de whatsapp Hermanes.

Recuerdo volver a verte y esas hamburguesas en Deniro que quizás hayan sido la última vez que saliste a algún lado que no sea la clínica. Recuerdo volver de la Bombonera y que me estés esperando con la cena lista, también por última vez. Recuerdo irme a Brasil, y que vos fantasees con viajar también y encontrarnos en Salvador de Bahía. Pero pandemia.

Recuerdo regresar, hacer la cuarentena e ir a estar con vos, y así recibir juntos y solos el que sería tu último cumpleaños. Recuerdo hacerte la torta y cocinarte cada día las comidas más ricas del mundo.

Recuerdo los streaming de Hernan Casciari los sábados a la noche.

Recuerdo el paso de los días y una nueva y dolorosa despedida.

Recuerdo mi vida como arrancando de cero.

Me acuerdo de cuando nos volvimos a ver, y cómo el paso del tiempo era distinto para vos.

Añoro esos dos últimos meses juntos. Atravesando momentos increíbles, y situaciones espantosas. Me sorprende recordando cosas que me contaste en esos días que nunca las había oído.

Recuerdo las visitas de los médicos y tu pregunta constante e incómoda: ¿Cuándo me voy a morir? Recuerdo al pobre kinesiólogo que vino un día y el equipo de enfermeras que se instaló en tu casa.

Recuerdo cenar en tu cama mirando a Guido, y desayunar en el mismo lugar con la repetición de Masterchef famosos.

Recuerdo esa última noche. Todos tus hijos en tu cama, Guido en la tele, y todos sabiendo que era la última. Recuerdo las respiraciones, los silencios, los comentarios superfluos, las risas incómodas. Recuerdo el saludo de cada uno. El llanto desconsolado de mi hermano mayor. La negación de la menor. Y uno tratando de no caer, pero cayendo.

No fue la última noche, y yo tuve que volver a mi casa. En menos de un mes me enteraría que iba a ser papá de mi primer hijo.

Recuerdo que dormías, la medicación era demasiada. No te ibas a despertar. Pero te despertaste.

Recuerdo recibir un audio tuyo y no poderlo creer. Recuerdo poner play, y apenas escuchar tu voz, ponerme a llorar con desconsuelo.

Recuerdo contarte que ibas a ser abuela, y darte la posibilidad de opinar sobre los nombres que se nos ocurrían, y tus ganas de regalarnos todo.

Recuerdo un último viaje a celebrar todos juntos tus 63 años contra toda lógica.

Recuerdo que era duro verte así. Recuerdo la cajita musical que te regalé que tanto disfrutaba tu nieto.

Recuerdo la última vez que estuvimos juntos, merendando un matambre con rusa, y sí, valía todo.

Recuerdo que antes de volverme a mi hogar tuve la posibilidad de verte una vez más y no lo hice.

Recuerdo el último mensaje que te envié veinte días más tarde después de tu cumpleaños "Tu nieto es un varón"

No llegaste a leerlo.

# Y SI LO TUVIERAS...

MARCELO MOLL

Tengo un don, o una maldición según algunos, que ha definido mi vida desde que tengo memoria y es justamente esa: mi memoria. Una capacidad para recordar todo tipo de datos, eventos, lecturas, imágenes y frases bastante superior a lo normal. Al principio pensé que todos la tenían, pero en algún momento descubrí que no era así. También descubrí, pero para eso fueron necesarios muchos años, que no siempre la elección de los datos a recordar estaba bajo mi control. Así quedaron grabadas en mi memoria muchas frases, imágenes y palabras que con el tiempo olvidé el contexto o la historia que las contenía y, luego de algunos años, les inventé uno nuevo. Pero algunas frases gravitaron tanto en mi vida que hoy son la marca de agua de mi infancia. Mi primo pasó por una época en que se fanatizó con los Scouts. Era, y es, lo más ciudadano que conocí en mi vida, pero él insistía en ir a esas reuniones y a cuanto campamento lo invitaran. Un día de desayuno familiar en el parque de su casa trató de impresionarnos a todos cuando su madre preguntó la hora y él, mirando el cielo, contestó «Por la altura del sol deben ser las diez y veinte». Todos lo miramos asombrados mientras él sonreía altanero, hasta que alguien dijo «Son las nueve y cinco». La carcajada fue unánime y desde ese día cada vez que alguien pregunta la hora alguno contesta «por la altura del sol...» y todos reímos como si no hubiera un mañana. Recuerdo también la forma que tenía mi madre de decirnos que habíamos caído en un lugar común o dicho algo muy trillado. Desviaba un poco la mirada, en actitud de ignorar al que lo dijo, y pronunciaba su frase devastadora «¡Ja! Ahora decime algo que no sepa». Era muy efectiva para hacernos sentir desde incómodos hasta avergonzados según el tono usado. Un día descubrimos que su hermano menor le había tomado el tiempo y memorizaba datos extraños para contraatacar. La primera vez que lo escuchamos fue en una cena en la que mi tío dijo «En este país el dólar siempre sube» y, cuando mi madre lo intentó anular con su jugada, él le contestó «Los elefantes son los únicos mamíferos que no pueden saltar». La cara de mi madre se transformó y fue, también, la primera vez que la escuché decir una grosería. Desde entonces, cada vez que venía mi tío de visita lo recibíamos con un abrazo y un beso, pero gritando «Los elefantes, los elefantes».

A eso se suman frases como «Los que salieron antes ya llegaron y los que salieron después no nos alcanzaron», «África está llena de chicos que no tienen que comer y

vos estás dejando esas verduras» y, una de mis preferidas «Frío hace en el sur» que pronunciaba mi padre mientras nos quitaba la frazada y la sábana de un tirón para que nos levantemos los días de escuela.

Pero una por sobre todas fue la que más influyó en mi vida. Soy un acaparador, pero controlado. Esto lo puedo afirmar ahora que ya tengo mucho más pasado que futuro y el tema nunca pasó a mayores gracias a mi padre. Fue el primero que notó mi condición cuando puso, en la pieza que compartía con mis hermanos, un mueble no muy grande cuya única finalidad era la de guardar ahí nuestras cosas. No se usaba para ropa, ni calzado, era el espacio que cada uno tenía para sus cosas. En poco tiempo quedó claro que mis hermanos rotaban su contenido. Guardaban figuritas del álbum de turno, lápices de colores, algún que otro libro, dibujos, revistas, enviando lo que ya no usaban a un destino incierto. Pero mi lado era distinto. Yo sólo agregaba cosas dejando siempre arriba lo que estuviera usando. Un día viendo como movía cosas optimizando el espacio, mi padre se acercó, esperó que terminara, me miró a los ojos y me dijo «Tenés que aprender que no vas a poder tener todo en la vida». Supongo que mi cara de no entender de que me estaba hablando, ya que para mí era importante tener todo, debe haber sido muy elocuente y eso lo llevó a pensar algo que complete la idea y sea más entendible para un chico de 8 años. Volvió a mirarme a los ojos y en un tono más de un amigo hablando con otro que de un padre dando consejos me dijo: «Y si lo tuvieras... no tendrías donde guardarlo». Frase que se ocuparon de recordarme todos los integrantes de mi familia a lo largo de mi vida.  
¡Gracias viejo!

# CUCHAME, QUÉ TIENE QUE VER

MATÍAS GAGLIARDONE

“Cuchame, qué tiene que ver” era la frase de cabecera de mi abuela. Le servía para todo, la usaba para cualquier situación y siempre le quedaba muy atinada. No había con qué darle. Mi prima se había sacado una mala nota en el colegio, “cuchame, qué tiene que ver, seguro en la próxima prueba te va bien, María Belén”. A veces la decía en otro orden, pero como ya es sabido, el orden de los factores no altera el producto. Mi mamá cocinó su primera tortilla, pero la hizo con papas crudas, “Silvia, qué tiene que ver, tenés que cocinar las papas primero, cuchame”. Y otras veces la usaba en las situaciones más serias. Mi tía se divorció de su primer marido, “cuchame, Cristina, si igual Rubén no era para vos, estaba visto, pero ya encontrarás a otro, qué tiene que ver”.

En casa aprendimos a mamar esa frase desde chicos. Tanto es así que no sabemos si la famosa frase “todo tiene que ver con todo” surgió por oposición a mi abuela y su célebre expresión o si fue al revés. El huevo o la gallina. Nunca lo sabremos, pero no importa. Lo importante es que, desde siempre, esa máxima rigió nuestras vidas, para bien o para mal. Todo era relativo, nada era tan irremediable ni tan grave como para hacerse problema. Era su enseñanza y su legado para su familia. Y se fue convirtiendo en nuestro mantra.

Tengo recuerdos de otras frases de mi abuela, pero casi siempre en combinación con esa. Había otra expresión que me dijo una vez, muy atinadamente también, aunque en ese momento no la entendí muy bien. Me resultó graciosa porque era un poco subida de tono, al menos para mí en aquel entonces. Estoy intentando recordarla, pero no me termina de venir a la mente.

Lo que sí recuerdo fue la circunstancia en que me la dijo. Yo tenía ocho años, estaba en segundo grado. Había pasado los primeros meses del año escolar embobadísimo con una compañera del colegio. Anastasia se llamaba, me acuerdo perfectamente porque tenía nombre de princesa. Era una rubia flaquita, un poco cabezona, y yo, a tan corta edad, sentía que había descubierto el amor. Como hubiera dicho mi abuela, estuve “arrastrándole el ala” desde el primer día de clases.

Un viernes a la tarde, en el primer recreo, me acerqué tímidamente a ella y le regalé un alfajor Jorgito. Me había costado cincuenta centavos, que es lo que me daban mis viejos

para el colegio por si me agarraba hambre a media mañana. Estaba famélico, pero valía más la pena regalarle la golosina a ella, esperando a cambio tal vez un beso, que deseaba con todo mi ser.

Me acerqué, le pregunté cuál era su golosina favorita (a esa altura ya lo sabía, gracias a la ayuda de sus amigas, pero quería que pareciera una casualidad para sorprenderla). Ella me dijo “El Jorgito”, a lo cual respondí, “¿En serio? Bueno, tomá, te regalo el mío”. El asombro que se reflejó en sus ojos claros hizo que se me pusiera la piel de gallina. Pero nada se compara con la sensación que sentí inmediatamente después, cuando a cambio del alfajor me dio un beso en el cachete, que yo sentí (o imaginé tal vez), fue más cerca de la comisura de los labios. Quedé saltando en una pata. Estuve todo el fin de semana extasiado, soñando despierto. A la única que le conté sobre mi aventura romántica fue a mi abuela, que sabía mucho de estas cosas.

Todo fue color de rosa hasta la semana siguiente, cuando me acerqué en el recreo a saludar a Anastasia. Estaba a unos cuantos pasos de ella, cuando Ariel, otro compañero del curso, se acercó por otro lado y me ganó de mano. Los vi de repente saludarse con un beso en la boca, un breve “piquito”, y salir hacia un costado caminando de la mano. En ese instante me quedé seco, atónito. Se me puso la boca seca y no pude reaccionar. Me sentía traicionado, devastado. Ni fuerzas tenía para enfrentar la situación. Me guardé mi alfajor en el bolsillo y me fui cabizbajo al aula.

Al día siguiente fui a almorzar a lo de mi abuela después del colegio, triste y desolado, y le conté todo lo que había pasado. Ella, con toda su sabiduría a cuestas, me respondió con aquella frase de siempre, que subrayaba que todo se podía resolver, que nada era tan grave, que no valía la pena hacerse tanta malasangre. Pero lo dijo combinada con aquella otra expresión que en ese momento no entendí y que estoy intentando recordar. ¿Cómo era? La tengo en la punta de la lengua...ah, sí, ya me acordé. Mientras me servía sus deliciosas milanesas con puré que eran un mimo al alma, me dijo: “Cuchame, qué tiene que ver, un beso y una tocada de teta no dejan marca”.

# PRENSA PURÉ

MATÍAS THOMPSON

Todos los viernes la misma rutina. Mi abuela me pasaba a buscar por el jardín y me llevaba hasta su casa haciéndome el chiste de “vamos de la mano a comprar durazno, vamos del bracete a comprar sorete”. Ni bien llegábamos, me hacía sacar el guardapolvos e, inmediatamente lo ponía en el lavarropas, no vaya a ser cosa que lloviera y no se llegue a secar para el lunes.

Mientras yo me ponía a jugar con los broches haciendo como si fueran autitos o trataba de embocarlos en algún tupper que robaba de la cocina, ella terminaba de preparar las milanesas con puré que tanto me gustaban, mejor dicho me gustan.

Lo que más me llamaba la atención de esos almuerzos era lo diferente que era ese puré al que hacía mi mamá. Hasta que un día le pregunté a mi abuela por qué el de ella era más rico. Ella me explicó que eso era porque mi mamá hacía el puré de sobrecito, tardé varios años en entender a que se refería, mientras que ella prensaba la papa a mano. - ¿Qué es prensar abu? - le pregunté.

Ella se rió y me dijo que al viernes siguiente me mostraba.

Estuve toda la semana ansioso esperando ese momento. Tanto que el viernes, me saqué el guardapolvos antes de entrar a la casa, para no perder tiempo. Después de ponerlo a lavar, ella me llevó a la cocina, me sentó en la mesada y sacó del segundo cajón una cosa que me pareció enorme, de metal, con algo que para mí en ese momento era una taza agujereada en la que ella ponía las papas ya hervidas y haciendo palanca y mucha fuerza, tanta que le cambiaba la expresión de la cara, iba aplastando los pedazos de papa y convirtiéndolos en el puré que tanto me gustaba. Después me dejó probar a mí con un pedacito chiquito de papa y me encantó sentir que podía hacerlo yo también, que tenía la fuerza de un adulto, quería quedarme todo el día haciendo puré, pero ella no me dejó, me dijo que teníamos que almorzar rápido porque después la tenía que acompañar no sé a dónde.

Durante todo el almuerzo no pude parar de pensar en ese prensa puré, quedé fascinado con ese utensilio que nunca había visto. Mi abuela me contó que era la cosa más vieja de la casa, después de ella, por supuesto. Yo le pedí que me lo regalara, me lo quería llevar para jugar todo el día, quería llevarlo al jardín para mostrárselo a mis amigos, pero ella no me dejó porque era muy importante para ella, no me lo iba a regalar ahora pero que cuando ella ya no estuviera, cuando se fuera al cielo, yo me lo podía quedar.

Ese prensa puré fue un regalo de su padrino cuándo se casó el 20 octubre de 1960, con tan sólo 17 años. Fue el mismo utensilio que, antes de cumplir un año fue testigo de cómo ella quedaba viuda dos días antes del año de casada. Fue el mismo que, años después, vio aparecer en la casa a mi abuelo Miguel, viudo también antes de los 25 y con un nene de año y medio en brazos. Nene que también quedó fascinado la primera vez que vio el prensa puré en acción.

Fue el mismo que vio cómo del amor entre mi abuela y mi abuelo, a ella le empezó a crecer la panza y, un día de diciembre de 1965, se fue al hospital a tener un bebé y volvió sin la panza y sin el bebé. El mismo que después vio el nacimiento de mi mamá y mi tía.

El prensa puré que vio crecer a esos tres chicos, independizarse e irse de casa. Fue testigo del día que mi abuela se cansó de los malos tratos e infidelidades de Miguel y decidió poner fin, después de 27 años, a un matrimonio que debería haber durado mucho menos. El mismo que presenció el día que mi mamá le anunció que la iba a convertir en abuela por primera vez, su hija del medio iba a ser madre soltera. Lo que mi mamá no sabía era que, unos días antes, su hijo mayor le anunció lo mismo.

Fue el prensa puré que me vio ganar la carrera por ser el nieto mayor y ganarle por sólo 13 días a Federico y que también fue testigo de los nacimientos de Renzo, Franco y Gonzalo, y de la muerte de Fede.

Ese prensa puré fue y es parte de la historia de mi familia. Cada día que pasa sé que falta un día menos para que sea mío, es lo inevitable, porque a pesar de que mi abuela sigue pareciendo fuerte como el prensa puré, con su más de metro ochenta de altura, su piel blanca casi sin arrugas y la fortaleza que trata de demostrar, cada día le cuestan más las cosas. Hace algunos años ya dejó de prensar papa y empezó a hacer puré de sobrecito, pero eso no quita que cada puré que compartimos sigue siendo igual de delicioso que aquellos de cuando era un nene.

Ojalá que falte mucho para tener ese prensa puré.

# ES UNA LÁSTIMA TIRARLO

MAURA LACREU

*Aneveire arois varfn*, o su versión abreviada: *aneveire*. Es la primera vez que lo escribo y no tengo idea de si se escribe así, si se pronuncia así, si se parece en algo a la frase original. Y google no me devuelve ningún resultado.

*Aneveire arois varfn* era mi abuela Clarita. Era su apego ancestral, su desprecio por el derroche y eran las panzas llenísimas después de comer plato tras plato sin dejar ni una miga. Porque *aneveire arois varfn*. Sus hijos y sus nietos nos burlábamos de ella, nos dábamos el lujo de tirar la comida sobrante, los ungüentos vencidos, las dosis innecesarias.

Clarita mamá nunca dijo una palabra de más, nunca un exceso, nunca un abrazo fuera del protocolo. Cuidaba de los enfermos, pero sin mimarlos, que lo hacen para llamar la atención. Clarita mamá hablaba de los hijos ajenos cuando alguno de los propios festejaba una victoria. Clarita culpó a todos cuando su marido murió y también cuando murió su hija menor. Clarita es inmortal. *Aneveire arois varfn*.

Clarita abuela escabullía gomitas de azúcar en una de las puertitas del comedor y nos dejaba abalanzarnos después de la copiosa cena. Preparaba varenikes, knishes, gefilte fish y strudel de manzana y guardaba las sobras en tápers para invitarnos a almorzar durante los días siguientes. La abuela Clarita nos hacía upa y nos daba unos besos torpes y nos apretujaba los cachetes. Clarita abuela venía a tu casa cuando estabas enfermo y hacía sopas y lavaba los platos. Clarita te podía decir «sos un fracaso» —y lo hacía— cuando te iba mal en un examen o te peleabas con un novio. A Clarita abuela le importaba, pero no sabía cómo. Clarita abuela se traga una mueca de desagrado cuando sospecha que una de sus nietas es homosexual y dejar salir un suspiro de alivio cuando confirma que no.

*Aneveire arois varfn*.

Clarita bisabuela aprendió casi todo acerca del amor incondicional y desbordado, de las vacaciones en familia, acerca de las siestas de bebé sobre sus tetas mullidas. Aprendió a recitar «En un caballito gris» y se animó a galopar caballitos de todos los colores. Clarita bisabuela hacía regalos, tejía tapices a pedido, viajaba para los cumpleaños.

Clarita bisabuela nos llevaba a la playa en avión, navegaba en cruceros, organizaba fiestas.

Sus siete bisnietos nunca se burlaron de esa segunda guerra en la que no había nada y nada se podía perder. Nunca la escucharon llorar en Yidish por su hermano, por el barco mugriento, por los nombres adaptados que les quitaban parte de su identidad. Sus siete bisnietos nunca supieron que Clarita se llamaba Cherne. No conocieron al abuelo Mordko Wolf. No escucharon las historias de Polonia. Clarita bisabuela nunca se las contó.

Sus siete bisnietos nunca escucharon *aneveire arois varfn*.

Clarita bisabuela se pone un pañuelo verde alrededor del cuello y les grita a los legisladores que son unos sinvergüenzas. Clarita bisabuela festeja en silencio la despenalización del aborto. Su procesión siempre es un misterio.

Clarita mamá, abuela y bisabuela pasa horas en el baño con cinco costillas rotas «para no molestar» y se despide del mundo en una cama de hospital. Justo, justo, antes de que todos pasemos dos años sin abrazarnos.

*Aneveire arois varfn.*

# RAPSODIA

RODRIGO PORTASANY

Cuidado. Lo primero es tener cuidado. Ningún cuidado es excesivo. Quitarlo de donde duerme, primero del cartón (al cartón hay que cuidarlo también, pero no tanto) luego del nylon (el nylon importa poco y nada). Recuerde tomarlo desde los bordes y por ninguna razón tocar su superficie. Acérquese a la ventana. Párese preferentemente donde dé el sol. Gírelo las veces que haga falta teniendo como objetivo verificar la existencia de suciedades ahí posadas. Me refiero a suciedades tales como una mancha, una gota de algún pegote (¡vade retro!) o simplemente polvo. Especialmente polvo. Delo vuelta, repita el control anterior. Esmérese, fije la vista. No tenga vergüenza de recurrir a sus lentes más gruesos para completar la tarea.

Ahora es momento de la gamuza. La naranja. La reservada sólo para esta noble tarea. Luego de verificar que nada extraño se oculte en el impoluto trapo, acaricie la superficie del objeto y barra de una vez con todas esas atrevidas partículas. Haga que busquen otra superficie, no ésa sagrada y negra que usted tiene entre sus manos. Hablando de sus manos: hago bien en suponerlas limpias y secas. ¿Es así? De ser así, siga (de otra forma, abra la ventana y salte. Por el bien de todos nosotros). Seguimos: mantenga la firmeza en sus manos y enfile hacia el aparador. Pida a alguien que levante la tapa acrílica (el objeto que tiene en la mano no es digno de quedar apoyado en cualquier lado, sea la mesa ratona, una fría silla o la cama, piense que el gato gusta de andar investigando y amaría que usted cometa tamaño error para así saltar sobre el objeto con tal de demostrar todas sus aptitudes felinas; no quiero ni pensar en el tiempo que pasó afilando sus uñas) del aparato japonés. Una vez que le abrieron la tapa, descorra el brazo metálico, aparte la manivela de sostén y apunte con toda precisión al pequeño mástil de inserción. Haga coincidir el agujero central del objeto manipulado con dicho mástil y una vez logrado el objetivo, fíjelo con el brazo metálico anteriormente descrito. Ahora sí es momento de accionar la llave de encendido. Omito el detalle de las 33 rpm, ya que lo supongo a usted astuto y despierto. Deje que el mecanismo nipón haga su magia y que todo empiece a funcionar.

Le dejo una última instrucción: Antes de echar a toda otra persona del lugar (es menester que sea usted la única persona en el recinto), tome la manivela que se encuentra a la altura de su mano derecha y pásele su pulgar bajo la cápsula verificando que en su pequeña púa de diamante -cual cabeza de alfiler- ninguna pelusa hubiera

elegido ese lugar para instalarse. Ahora que lo imagino inspeccionando visualmente la superficie del objeto (que ya debería estar girando sobre el plato), note la presencia de unos surcos de diferente textura al resto de la superficie. Cuéntelos, concéntricamente, de afuera hacia adentro, visualice el onceavo surco. En ese preciso lugar deberá dejar caer la manivela que tiene en su mano derecha. NO confíe en su pulso, ayúdese con la brida que hallará a centímetros de la manivela. Hágalo con suavidad.

Con dulzura.

Suba el volumen.

Procúrese su trago.

Siéntese en su sillón.

Apague el mundo exterior.

Y deje que el hombre lírico le confiese a su madre que acaba de matar a un hombre.

# Y YO ME ALEJO MÁS DEL CIELO

VIOLETA LORENZATTI

¿Pero vos te enteraste? No, no, ella me dijo otra cosa, que más allá de lo que pasó, el quilombo más grande fue que la cuñada saltó como leche hervida cuando nadie la había involucrado en nada. Escuchame, si es como me dijo Yami, ella no tiene nada que ver, pero ahora que reaccionó así es, como mínimo, sospechoso. Ay, pará, te escucho medio mal, esperá que me muevo a ver si engancho mejor. ¿A ver? Si, ahora mejor. Como te decía, es re sospechoso que ella haya reaccionado así, cuando nadie la había ni siquiera nombrado. Nooo, nada, ni media palabra. Igual yo no estuve presente, eh, te digo lo que me dijo Yami. Pero ahora que me lo decís, no estoy segura de que ella haya estado, capaz se lo contaron... pero no importa, lo importante es que todo se fue al carajo cuando la cuñada se atacó y empezó a tirar mierda como si la acusación fuese contra ella y nada que ver. O sí, ya no sé qué pensar, mirá. Otra vez te escucho raro, estos celulares tienen cada vez menos señal... No, te agradezco. No, no para vos no era, se lo decía a uno que vende pañuelitos. Hablando de eso, bajas acá y salís con pañuelos descartables, alfajores, chipá, medias, auriculares, ¡lo que necesites! Los chipá me tientan, eh, pero no, estoy que ruedo... Ay, gracias, sos un amor, pero yo me siento que exploto en cualquier momento. Bueno, capaz si, soy una exagerada, pero igual chipá no compro, por las dudas. Como te decía, esto se está convirtiendo en una bola de nieve, vamos a quedar todos peleados con todos, y ni nos vamos a acordar cómo carajos arrancó esto. Pero es lo que te digo yo, che, qué sospechoso todo, nena, porque si el tipo es medio tráfuga, eso lo sabe todo el mundo, y se manda alguna cada dos por tres, ponele que ya estamos acostumbrados, pero esto es mucho, es tumach, como dice Yami. ¿Vos decis? Capaz es así no más, eh, andá a saber. Ella nunca me cayó del todo bien, si me preguntás un poco más a fondo. Me olía raro ella, tan así, con aires de diva, haciéndose la que es mejor que todos. Y ahora parece que mi olfato tenía razón; tan, taaaan limpio no tiene el culo o no hubiese reaccionado tan mal. Yo no hubiese dicho todo lo que ella dijo, menos que menos hablar mal de Susana, una señora grande como Susana no está para estos quilombos. ¿Viste? una desubicada total. Ah, no sabía que Susana ni siquiera estaba en Buenos Aires... ¿A Mardel se fue? ¡Ay, qué lindo! Unas ganas de ir a la playa tengo; ya perdí la cuenta de los años que hace que no voy al mar. No, Rubén es de la montaña, para él si no es en una sierra en Córdoba, comiendo asado al lado del río no son vacaciones. Un día tendríamos que hacernos el bolso y rajarnos

un finde las dos a la costa, y que ellos se arreglen. No se van a morir de hambre por dos días que no estemos...

El viento siempre anticipa la llegada del subte y de inmediato ¡chk-chk-chk!, el ruido tapa todo por unos segundos y el intercambio de pasajeros que suben y bajan me dejan con las ganas de saber qué pasó con la cuñada, el tráfuga, Susana y el finde en Mardel. Pero así me pasa con todas las conversaciones de la gente que está en el andén. Yo mejor sigo tocando. Me parece ideal seguir con una de Sumo.  
Gracias por la propina, doña, que tenga buen día.

CUENTOS PRODUCIDOS ENTRE EL 11 Y EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 2023, EN EL MARCO DE LA DÉCIMA EDICIÓN DEL MUNDIAL DE ESCRITURA.



20102

CUEINTOS

DE 20102

PRODUNCIORES